

I

En el mes de marzo de 1950 apareció el primer número de esta Revista POLÍTICA INTERNACIONAL, mantenida desde entonces con regularidad—desde hace tiempo es bimestral—Dios sabe a costa de cuántos esfuerzos, sacrificios e incluso milagros. En España, afortunadamente, es cada día mayor el número de publicaciones dedicadas a los temas internacionales, pero es escaso el de las consagradas a ello de modo exclusivo. Nuestra Revista, que cada lector puede juzgar como guste, no tiene todos los acompañamientos que desearía, porque en ellos vería compañeros y no rivales. Vamos a recordar, de la única manera posible, "a vuela pluma" los grandes rasgos de la vida mundial, y destacadamente los de España, en estos dieciocho años, agitados y complejos, propios de una época kali y no de una época dharma, en la que el mundo, perpetuamente agitado por guerras que escapan al temido III conflicto mundial—nuclear y devastador—experimenta transformaciones sociales, revisiones ideológicas, desplazamiento de poder, y, sobre todo, una exuberancia creciente en el orden demográfico, buscando ansiosamente su supervivencia y su progreso, mediante una combinación de los recursos aportados por el avance tecnológico y por la acción cooperativa, generalmente especializada, ya sea a escala bilateral, ya con mayor eficacia, regional o mundial. El lector no nos cargue las muchísimas omisiones y defectos de esta elemental síntesis, inevitables e involuntarias, no fruto de propósitos propagandísticos o polémicos. Es mejor presentar las cosas a grandes rasgos sin el recargo de las cifras, ni la confusión de los pormenores.

II

España, en 1950 salía del túnel de las prescripciones onusianas: en 1950 se revocaron, en 1955 nuestro país figuró en el package deal de admisiones, y en 1968 entramos en el Consejo de Seguridad. Entre 1950 y 1958 fuimos alta en todos los organismos especializados de la O. N. U., donde nuestra presencia se adecúa a las necesidades y posibilidades, pero no es puramente platónica o de pasivo acompañante. Recuérdense la conocida postura española en materia de cooperación económica, sin gravámenes políticos a los subdesarrollados (y con urgencia a los desplazados), y sobre la difusión de la cultura básica (aparte del esfuerzo para salvar el español en Filipinas). España ha entablado fructíferas negociaciones con la O. E. A., concertando prácticos acuerdos; manteniendo buenas relaciones con la Liga Árabe y con la O. U. A., y corteses contactos con el inicialmente sectario y hostil Consejo de Europa. Está en la O. C. D. E. (sustitutiva de la O. E. C. E., que repartió el "Plan Marshall", del que fuimos solitarios excluidos). No está en la O. T. A. N., que repetidamente nos ha despreciado, sin petición que provocara tales gestos, y aprovechando descaradamente nuestra cooperación por la "puerta trasera" de los acuerdos con los Estados Unidos. Tal como está el mundo en 1968, ha sido un favor involuntario esa exclusión, porque los grandes bloques más o menos rivales—O. T. A. N. frente a Pacto de Varsovia, O. T. A. S. E. frente a comunismo asiático, la O. E. A. y los restos del "Pacto de Bagdad"—por un lado, apuntan la paz mundial, y por otro, amenazan con derribar los puntales con su respaldo a ciertas iniciativas agresivas, en uno y otro lado. Ejemplo: las intervenciones de la "Hermana Mayor" en los satélites con ansias liberadoras (Poznan, Berlín, Budapest, Praga) y los de China en Corea y el Himalaya, de una parte. Las agresiones israelí, franco-inglesa (Suez) y la intervención yanquí (Santo Domingo) de otra. Hay países favorecidos por una doble y concurrente agresión, "defensiva" como el infortunado Vietnam. Ha habido opresiones silenciosas y hasta producidas por inercia: Gibraltar en cabeza. Si no han pasado a peor fue por la calma de los afectados. Una simultánea descongestión aliviaría (tesis de Castiella sobre el Mediterráneo).

España ha entrado en el campo de la cooperación para el desarrollo, y en la senda de la descolonización (Marruecos, 1956; Tarfaya, 1958; Guinea, 1968) no concluida; pero por lo que a ella respecta, tampoco empezaba en la Bahía de

Algeciras, que se alinea con las Malvinas, Belice, la Guayana esequiba, las islas del Cisne, Guam, y otras reliquias insepultas de una época impropionable. La política de España está basada en la hermandad peninsular (1939-40-48) la buena vecindad (Faisanes, 1959), la voluntad europeísta, la gloria del interhispanismo y la comprensión hacia los árabes y, en general, hacia el III Mundo. Es una política de paz, no retórica, sino respaldada por imperativos del instinto de conservación que provocó el pacto con los Estados Unidos en 1953, su prórroga no igualitaria en 1958, y la serena advertencia de la necesidad de revisar esta situación en 1968. No nos gustan los elogios personales—menos que los impersonales—pero no es casual que todo eso se haya conseguido, porque en dieciocho años de paz interior—erizada de problemas como en todo el mundo—ha habido un Jefe de Estado, Franco, y dos cancilleres que enlazaron sus respectivas gestiones: Martín Artajo, el "de la resistencia" (y algo más), y Castiella, el "de la universalización" y la reivindicación. La gloria de los tres se comparte por nuestra joven diplomacia, preparada y activa; antítesis de la honorable, pero vacía y pasiva, descrita por los clásicos de nuestra literatura en el período 1847-1947. Aparte de problemas ruidosos como el de Gibraltar, afana a nuestra diplomacia alguna preocupación menos espectacular, pero más difícil: las relaciones con esa Europa construida desde 1957, que para "abolir barreras" ha empezado por erigirlas a su alrededor, con daño de los países periféricos. Perdone el lector la escueta mención del Concordato de 1953, texto preconiliar. Y concluyamos diciendo, que al acabar 1968 España no tiene enemigos; ¿no es mucho?

III

La organización mundial, imperativo de la época, se ha consolidado en estos dieciocho años. La O. N. U. no es una segunda Liga de Naciones. Es más potente, más activa y más seria. Ciertamente: lleva consigo el nefando veto (que no siempre es nyet, porque puede ser "no") y no ha resuelto los más graves problemas bélico-políticos: ni la unificación de Alemania, ni las satelizaciones, ni la paz en Oriente Medio, ni las guerras africanas (pequeñas y autoconsumidas) medio o extremo-orientales, éstas muchísimo más graves. Cuando los "grandes" han coincidido (Suez, 1956) ha habido paz. Cuando han pactado (Corea, 1953; Cuba, 1962), también. Cuando se han enfrentado (Indochina, desde 1954), no. El desarme sigue siendo un sueño, empeorándose

el acuerdo de Moscú (1963) sobre la contención nuclear, con el no ratificado de 1968 sobre no-proliferación nuclear. Pero sería exagerado e injusto que estos lunares oscurecieran el gran esfuerzo de la O. N. U., y la silenciosa al par que meritoria labor de sus "agencias especializadas" en pro de la cooperación mundial. La O. N. U. no tiene réplica o alternativa. Hasta sus exageraciones—por ejemplo, ante ciertos conflictos "descolonizadores"—responden a un criterio, que puede o no compartirse, pero merece respeto. Parodiando a Palacky, diríamos que de no existir habría que inventarla. Como existe hay que mejorarla o fortalecerla. Convivir o perecer: he ahí el dilema.

Sinceramente: las organizaciones "regionales" han actuado a menor altura que la O. N. U. Superándose los caóticos bloques africanos. Tarada por la guerra de Indochina, la O. T. A. S. E. (mucho mejor han sido las obras del "Plan Colombo" y la modesta de la "Comisión de los Mares del Sur"). En ruina poco disimulable la C. E. N. T. O., tras la baja iraquí. Tormen-tosa, idealista y poco eficaz la Liga Árabe. Demasiado retórico el Consejo de Europa: todo lo contrario que las tres Comunidades europeas y que el Komekon, harto pragmáticas y sin gran visión del futuro. Y añadiremos con limitada tristeza, que la O. E. A., de tan sólida base y arraigada acción, desde la Conferencia de Caracas (1954) está agarrotada, siendo inútiles los remiendos retóricos (Punta del Este, Brasilia, Lima) y contraproducente el apéndice de la "Alianza para el Progreso" título tan retumbante como in-aplicado. El Tío Sam pisa mal al sur del Río Grande. El Mundo iberoame-ricano se agita mucho en busca de fórmulas poco encontrables: ahí están el castrismo, las caídas de Arbenz, Trujillo, Rojas, Pérez, Paz, Perón y otros caudillos; e incluso de quienes no lo eran, como Kubitschek, Frondizi, Illia, Belaunde, etc. Hasta las dictaduras mejor consolidadas (como la de P. R. I., en México), dejaron oír significativos crujidos a sus huéspedes olímpicos. Nota optimista: se consolida el asociacionismo centro-americano. Sorpresa: la crisis del "consolidado Uruguay".

IV

Europa ofrece un paradójico contraste entre su prosperidad económica (con crujidos monetarios) y su incapacidad política. Ni los que fueron "Seis" (ahora muchos más por sus conexiones asociacionistas, como las del Pacto

de Yaundé) ni las que fueron "siete" (la E. F. T. A.) han sabido superar su rivalidad. No se trata de la supuesta obstinación gaullista—según los ingleses—, sino de diferencias de más honda raíz: los marginados pagamos los vidrios rotos. Políticamente Europa muestra su ventaja en "procedimientos": golpes como los de Turquía en 1960, y Grecia en 1967, son poco corrientes (también es rara la pequeña guerra de Chipre y es generalmente desconocida la guerra colonialista del Ulster ocupado, al lado de la cual resultan inocentes Berlín y la polémica austroitaliana sobre el Tirolo del Sur). Yugoslavia sigue su propia vía. Pero Europa, rica y desdeñosa, no debiera olvidarse del Rey Midas, ni pretender asentarse sobre parientes extraños y tornadizos como el Tío Sam y el Tío Iván. Africa ofrece un espectacular show de golpes en cadena (con algunas guerras de trasfondo tribal: Ruanda, Sudán del Sur, Congo, Nigeria), los clásicos enjados entre vecinos (Somalia, Magrib, etc.) y los problemas especialísimos en Rhodesia y Sudáfrica. Los africanos no son tan inexpertos como se dice a la hora de atraer ayudas ajenas. Ni a la de remover figuras (Nkrumah, Kasavuvu, Keita y tantos otros) o conservar las útiles (Burguiba).

El Kaleidoskio del Medio Oriente nos da pena, porque en estos dieciocho años ha tenido como perspectiva dejando el drama de Palestina y sus martirizados habitantes. En otras partes del Medio Oriente anotamos la guerra del Yemen, el episodio de Mossadeq en Irán, y los malos humores en el continente indico, que por el eterno problema de esa Palestina, que es Cachemira, han llevado en 1966 a la guerra entre hermanos. Curiosamente: India se quejaba de la agresión china en el Himalaya, pero ella agredió a Goa y retuvo a Cachemira, respaldando a los tamiles de Ceylán. Desgarrada ha seguido Birmania; apenas pacificada Malaya se enzarzó en problemas coloniales con Filipinas, nuestra hermana de Oriente, mientras veía separarse, a Singapur. Tai sufre un grado creciente del conflicto indochino, sobre el que no escribiremos ni una línea. Indonesia perdió a Sukarno pero ganó a Irian: buen negocio. Los "viejos grandes" han cambiado mucho. Japón, al estilo occidental, acumulando riqueza y estabilidad, pero sin seguridad definitiva. China, la continental, creando un comunismo propio—con avanzada en Albania y sin Mongolia—turbulento, activo, inquietante. La otra China, la resistente en Formosa (y sus avanzadas) hace lo que puede dentro de sus medios, pero necesitaría inmortalizar al general Chiang.

Felices los países que han ofrecido pocas novedades destacables en este

período: como los tres "Dominios blancos" (Canadá, pese al ruido en Quebec, Australia, Nueva Zelanda); el Mundo nórdico europeo, el Benelux, Eire, el alpino (neutralizado al añadirse Austria en 1953, a lo que poseía Suiza desde 1815). De los "grandes" el Reino Unido guarda los buenos modales at home, pero no el talisman anti-crisis; ni el Tío Sam, ni menos el Tío Iván (que conserva la estabilidad a fuerza de crisis más o menos silenciadas); Francia conserva sus dotes de organización de espectáculos políticos, sólo que ahora éstos pueden atraer a los económicos. Italia es bastante feliz—lo posible—con su gesticulante "partitocrazia". Portugal ha entrado con calma en el postsalazarismo: no es poco. Y mantiene su Ultramar.

V

Entre 1950 y 1968 han crecido vertiginosamente las piezas "soberanas" que componen el Mundo (la última Guinea Ecuatorial). No haremos chistes a propósito del voto de Maldivas, Malta o Singapur, porque aunque los pequeños suelen ser clientes de los grandes, a veces frenan la expeditividad de aquéllos.

Europa, naturalmente, no ha tenido mucho que aportar a ese crecimiento. América Central, en su parte caribica, algo, como Oceanía (con Samoa). Asia, bastante más, en su parte arábica y monzónica. La palma de creación de Estados independiente se la ha llevado Africa, el más dotado de ello entre todos los continentes. Ahora, los "terricolas" piensan en crear colonias en la Luna.

1950-1968. Se ha consolidado la diplomacia de la entrevista y de la conferencia, sin desterrar a la insustituible negociación, a la propaganda, ni —desgraciadamente—al golpe agresivo. A veces la agresión, o su mantenimiento, han rendido frutos: esperemos que no definitivos.

Las confesiones religiosas—o sus equivalentes de otro tipo—han sentido, hasta llegar a la crisis propia, el desarrollo de los acelerados y graves fenómenos mundiales. Recuérdese al Concilio Vaticano II, a la aproximación ecuménica, a las revisiones y contrarrevisiones marxistas, etc. El estudio de esta perspectiva sería interminable. Así que concluyamos pidiendo gloria a Dios y paz y concordia entre los hombres de buena voluntad.

ESTUDIOS

